

Vicente Mengod

El tema del amor en el arcipreste de Hita



N Juan Ruiz se conjugan las más variadas aportaciones del mundo literario. Diversas, formas de vida alientan en los fondos de su libro. El mundo, la cultura árabe con su especial manera de potenciar los hechos diarios, usuales en la vida hogareña, señalan la fuente prístina de muchas lucubraciones. Explican la razón del vate enamorado del vivir a pleno sol, en ilusiones dinámicas, en actitud de moralista que debe razonarse a sí mismo el anverso y reverso de sus afirmaciones. Justifican, en suma, la posible convivencia de los amores altos, mezquinos, de los naturales arrebatos viscerales, del arrepentimiento, al menos literario, que sucede a toda efusión.

No obstante, a pesar de todas las influencias de fondo y forma que pudieran fundirse en nuestro poeta, ha sido considerado como uno de los creadores más personales. Las resonancias clásicas, las ironías de Ovidio, la voz de Graziano en sus "Decretales", el desenfado de los *fabliaux* franceses, las mordacidades de las serranillas, pasaron a su obra hechas nueva substancia.

El mensaje, la última significación del "Libro de Buen Amor" debe vincularse a la humanidad de su autor. Sólo de esta forma, co-

bran su cabal sentido los versos, las estrofas, las ideas que, desde su quietud y alusión, nos dicen qué valores podía representar el tema del amor en cerebro y corazón de un clérigo español, pueblerino, amigo de juglares, de los manteles, del solaz amplio, sin limitaciones. Como de igual forma, es de gran interés analizar, llegar a la esencia íntima en donde radican validez y sentido del amor, del éxtasis y del ingrávido revolar a través de las cosas en los místicos lenguajes.

El Arcipreste, hombre del siglo, viajero en calles, plazas y ciudades, su mentalidad contruida según moldes del ambiente que le cupo vivir, no se hace problema de filosóficas concepciones del amor. En sus versos, rara vez existe la nota que haga pensar en alusiones de matiz platónico, que sugiera el paso de lo imperfecto a lo más perfecto. Si alguna vez esboza el principio de unión, de posible perfección, tan habitual en los ámbitos del buen amor, lo hace con soterrada ironía, no obstante su aparente y profunda religiosidad.

Con frecuencia, rechaza la natural propensión a identificar los amadores con un dios. De esta forma, tal vez de manera impremeditada, no se da en sus obras ese proceso de perfección que, llegando hasta lo imperfecto, surja matizado con el sello de la divinidad, de la compasión, tal como acontece en los dominios de la pura teología, puesta en uso en breviarios románticos, en danzas de un morir fatal, colectivo, inexorable.

Para el Arcipreste, para la gente de su época, tan imbuída de islámicos elementos, la mujer bella es deseada, aunque más tarde se moralice sobre ella en alas del arrepentimiento. De ahí, que no pueda ser tachado de inmoral un realismo sobre temas en donde brillan los aportes, demasiado humanos, de un comercio sexual.

Existe, en la ironía e impulso del poeta, una duplicidad de intenciones, una especie de anverso y reverso, de altura y ras de tierra. Lo que se convierte en un hablar encubierto, en la técnica del fuera y dentro, visible en las estrofas que sirven de soporte a una expresión del amor fracasado, a la conformidad. Tal vez, sea esta una manera

de hallar compensaciones, idea más de raigambre musulmana que cristiana.

El tema del amor se ciñe a una línea que obedece a las fluctuaciones del amoroso impulso. A veces, diríase que impera el sentido de una novela autobiográfica, picaresca, con el lastre razonador de los ejemplos, tan sutiles, tan oportunos para todo lo que se imagina normativo. Y otras, se insinúa como una paráfrasis de las artes amatorias, con sus claroscuros, con breves digresiones ascéticas y morales, culminando en la parodia, en los poemas truncos, burlescos, del hombre carnal, de la mujer mesurada.

Enfrentado con el tema amoroso, sufre su primer desengaño. Y como es natural, surge la postura compensadora, un conformarse ante la realidad. En lugar de abrir su espíritu en admoniciones, opta por sentirse más poeta que nunca, de acuerdo con los ritmos, con los hábitos vivenciales, costumbristas, de su momento. Y nos habla de las dueñas mesuradas, de la mujer lozana, hermosa y cortés. Ensalza la compañía, su ternura recóndita, ya que el ave sola no canta bien, el navío sin vela no puede navegar siempre. Pero eso, busca un mediador para sus amores. La fortuna le fué adversa. El enviado comió la vianda, y él tuvo que rumiar.

Como es sabido, en la obra del Arcipreste se da con reiteración el tema del enviado, del mediador en lides de asedio y conquista. Procedimiento que, no siendo nuevo en su época, se cultiva, sin embargo, hasta irrumpir en casi todos los dominios de la vida, del convivir como lucha. Recurso vital que, más tarde, en proceso de sutil conformación, se convertirá en uno de los elementos teatrales de mayor efecto.

Por eso, Juan Ruiz nos habla de su mediador, hombre al fin de cuentas, ajeno a escrúpulos de conciencia. Su mismo papel adelanta su contextura moral, fácil, inestable, amante de cobrar la pieza, presto a beber el vino espumoso, servido en fácil y frágil vaso.

De nuevo, a pesar del leve desencanto sufrido en su primer ensayo, vuelve a ser enamorado. Y busca una dueña cerrada, de buen linaje, ama de toda sutileza, cuerda, de buen seso, lozana, placen-

tera. Quiere elevar su espíritu y hacerle trovas como a una virgen que el amor hubiese purificado. Pero la mujer es de temperamento realista, práctico, calculador de promesas y desventajas. Un nuevo resultado negativo. Y otra vez su postura de hombre mesurado, con aureola de cierta resignación y sentido mundano. En consecuencia, será preciso no caer vencido, ya que por lo perdido "no ha de quedarse el hombre mano en mejilla". Pronto llegará una nueva visita del Amor. Podrán ser justificadas las razones de una disputa, de una pelea, según lenguaje castizo, de circunstancia.

Las palabras del Arcipreste son mundanas, de restallante humanidad, como hombre del pueblo, con indudable sentido filosófico, moralizante: "Eres falso, mentiroso, emponzoñas las lenguas, con tu saber traes a muchos enloquecidos, eres inestable, sin tiento".

Su espíritu vuela entonces a los recintos, tan usuales en la época, de los apólogos hechos fábulas. El pecado de la lujuria es actualizado, con su atuendo de males. Para llegar a una conclusión, digna de un hombre que vive su existencia entre piedades y temores: "Por malas vecindades se pierden heredades".

El Amor no permanece inactivo, sino que da lecciones, se defiende. En sus argumentos recuerda la cultura amatoria del gentil Ovidio, el Dios travieso describe las condiciones físicas y morales de la amada ideal: "ancha de caderas, los dientes menudillos, boca pequeña, la faz blanca, sin pelos, clara e lisa, senos pequeños, en la cama una loca, en la casa una cuerda".

Nunca el poeta del buen amor ha resumido mejor la que fuera aspiración del mundo mulsumán, presente casi siempre en esta comedia del acontecer medieval:

"De talle muy apuesta, de gestos amorosa,
Doneguil, muy lozana, placentera e fermosa,
Cortés e mesurada, falaguera, donosa,
Graciosa e risueña, amor de toda cosa".

Como intermediaria, esboza la característica de la celestina, mujer vieja, amiga de las iglesias, fraterna con frailes, monjas y beatas. Tema que después cobrará toda su grandeza estética, sus contornos de símbolo, al margen, a veces, de los problemas amorosos.

Ya en trance de creación y como recurso para abordar la sátira, para dejarse llevar por esa vena que le valiera juicios de inmoralidad, hace exclamar a su verbo: "Cuando la mujer pierde la vergüenza, hace más diabluras de las que el hombre quiere". Y dicho esto, estampado el verso con sabor de aforismo, de sentencia lapidaria, puede abordar el tema de "Pitas Payas, pintor de Bretaña". El chiste, el desenfado, ensayan sus más cabales y felices piruetas. De la misma forma que más tarde, al referirse a las propiedades que tiene el dinero, esbozará una extraordinaria teoría de los intereses creados en la política, en amor, en las calles, en los cerrados claustros en donde frailes y clérigos cultivan, miman los conceptos de avaricia sin límites.

Delicado contrapunto en las voces de Doña Venus y Trotaconventos. Verdadero conato de matices amorosos. Realismo y espiritualidad establecen un concierto. Para dejar oír la voz mesurada, de certeras prevenciones en labios de la vieja:

"Muchos panderos vendemos, que non suenan las sonajas".

El Arcipreste, buen sacerdote, gran varón, amigo de la compañía, sufre un deslumbramiento ante Doña Endrina. Su exclamación podría hacerla suya cualquier enamorado:

"¡Ay, Dios, e cuán ferosa viene Doña Endrina por la plaza!
¡Qué talle, qué donaire, qué alto cuello de garza!
¡Qué cabellos, qué boquiella, qué color, qué buena andanza!
Con saetas de amor fiere cuando los sus ojos alza".

Posiblemente, estos versos dichos en las plazas fueron alegría para los espíritus jóvenes, lección para todas las edades. A unos, por-

que les ponía de manifiesto sus indecisiones. A los viejos, porque debía recordarles sus distantes primaveras, sus problemas de soledad, insolubles al pobre amparo de un platonismo incipiente, literario.

Hay sinceridad en las efusiones, en los temores adolescentes captados en sus versos. Sus palabras constituyen un valioso tratado de las diversas etapas por las que evoluciona una sensibilidad, puesta a dudar en los ámbitos de la amorosa pasión. El Arcipreste sabe, siempre como hombre, que las paredes oyen, que los vientos rondan dispuestos al comadreo. Por eso, exclama:

“Hablar con mujer en plaza es cosa descubierta.
Bueno es jugar famoso, echar alguna cobierta.
A do es lugar seguro, es bien hablar cosa cierta”

Y le habla a Doña Endrina en un portal. Le dice sus amores. La mujer le sabe escuchar emocionada, con precaución, haciendo suyo el doble juego de entrega y reserva, de rapidez y espera. Y como en todos los humanos amores, potenciados por deseos de valimiento, dice el amador:

“Estades enfriada más que la mies de la sierra.
E sodes atan moza que esto me atierra”.

Después, la solución seguirá moldes habituales. Surgirá, una vez más, la figura del mediador, del enviado que sabe y puede doblegar voluntades, quemar etapas. Bien sea con el hombre de baja moral o con la vieja buhona, la coronación se nos dará por añadidura, si bien en función de la recompensa, de la moneda, del objeto que mueve voluntades, que justifica intervenciones hábiles, que trueca la palabra insistente en catalizador de intimidades. La razón escrita en un verso envía sus proyecciones hasta nuestros días: “Si buen majar queredes, pagab bien el escote”.

Una vez más, tenemos la eterna teoría de los intereses creados, de las razones que inclinan la balanza en beneficio particular. Algo visible, presente en todas las zonas del vivir. A veces, la bella corbata del galán se convierte en factor de triunfo. El pañolillo vistoso, en lenguaje amatorio. La flor, en espejuelo. La lluvia de oro de Júpiter hace separar las piernas vencidas de Danae. Y Doña Endrina puede simbolizar la hembra hermosa, que la pasión envuelve y quema entre las llamas del amor, de un amor loco que destruye y purifica, tan próximo, sin embargo, del mejor de los amores. Tal puede ser la obra y gracia del instinto, ceñido en las suavidades del verso, en arrebatos de alta poesía, dicha en silencio, sembrada a los cuatro vientos de plazas, caminos y mesones.

¡Loco amor el que sugieren las serranas! Grave ironía la que puede esgrimirse para evocar sus figuras. ¡Qué diferencia de matices entre las alhambras retóricas de Santillana y los bloques macizos del Arcipreste! Las muchachas hermosas vestidas de miriñaque, sus pies en breve y sutil zapato, serán ahora, en los calores de la sierra, mujeres de pelo en pecho, fuertes de ancas, de sólida epidermis, atentas a sus reacciones viscerales:

“Mayor es que de yegua la patada do pisa.
Mayores que las más tiene sus prietas barbas”.

Diríase que Juan Ruiz siente necesidad de soltar riendas a su verbo satírico, tal vez para hacer brotar consideraciones de tipo moral, quién sabe si para solaz de aquel público que solía esperar su palabra en boca de juglares y juglaresas.

Será preciso que después de agradar a los oídos campesinos haya de entonar suaves plegarias, dolores ante la pasión de Jesucristo. Siempre faz y dorso de las cosas, anverso y reverso de la moneda que circula entre hombres y mujeres. Pero nadie podrá impedirle

dejar crucificadas en la gracia sangrienta de una descripción detallada a las mujeres de la sierra, a las serranas que algún poeta excesivamente cerebral y sutil imaginara en dominio de sutilezas, de claroscuro quintaesenciado. Por eso, el amor del Arcipreste, fuerte en su médula, sabe también de las efusiones sexuales, del inevitable desencanto que le sucede, de una reacción hundida en raíces de todo hombre, una vez consumado el acto genésico. Error profundo, pues, cifrar la supuesta inmoralidad del gran poeta hispano en aquellas palabras que son latente intención en los varones de todos los tiempos. Lo que en una cultura refinada podría reducirse a una sutileza, en el Arcipreste, las "gracias" serranas se expresan de esta forma:

"Por el su garnacho tenía tetas colgadas,
Dábanle a la cinta, pues que están dobladas,
Ca estando sencillas, daríen so las ijadas.
A todo son de cítola andarían sin ser mostradas".

Entrañable sinceridad. Gracia del verbo castellano. Vitalidad que supo asimilar las pulsaciones del vivir, sin temores, sin la máscara que pone resonancias musicales al fuerte ruido de los guijarros.

El Amor ha iniciado su ronda anual. El hombre maduro, la adolescente, la mujer hecha y derecha, lo esperan, con la ilusión de ver florecida en sus cuerpos, en sus almas, una extraña primavera. Todo es normal en una sociedad sana, bien constituida. Pero los hombres que no son "del siglo", las mujeres que esconden sus gracias en ásperas tocas monjiles, también quieren gozar sus favores. Y lo reciben en la encrucijada de todos los caminos. Clérigos, legos, monjas y dueñas, frailes y juglares dicen su canción de esperanza, en los días de Pascua Mayor. Y con sus voces hacen sonar los instrumentos más diversos: los atambores, la gaita morisca, el corpudo

laúd, la guitarra latina, el rabel gritador, la rota, el salterio, la vihuela de péndola, el harpa, el galípe francisco o flauta, los tamborettes, dulzainas, la necia mandurria, las trompas y añafiles. Todos quieren llevarse al Amor. La disputa permite al Arcipreste zaherir a monjas y frailes. Unos, como las ovejas, visten de lana. Las otras, son parientes de los cuervos. Con gestos amorosos "e engañosos juguetes", traen a muchos locos "con sus falsos risetes"

Juan Ruiz, también vigía del Amor, no duda en decir su consejo, su natural opinión frente a la competencia:

"Mío señor Amor, si él a mí creyera,
El convid de las monjas, a queste recibiera;
Todo el vicio del mundo e todo el placer hobiera,
Si en dormitorios entrara, nunca se arrepintiera".

Una vez más, su voz se levanta en admoniciones. Aunque su blanco sean las pardas estameñas, las figuras próximas a los altares. Sin pensar en los riesgos de herir con sus dardos la faz de algún presunto Dios, disfrazado de pobre diablo.

El Amor no respeta a nadie. Vuela en todos los ámbitos, traspasa todas las sensibilidades. Tal vez, sea éste su mejor título, su imperio.

Ante los fracasos, cabe la postura recogida, la suave lamentación tan amable a los árabes, tan difundida en los períodos románticos. Sin embargo, el mundo entero cabe en el pecho del hombre. La ilusión renace de sus propias cenizas. En Amor, renovarse es seguir muriendo como hombre. Y el poeta reanuda su danza de un morir de mal de amores. Se enamora de una dueña que hace oración. La vieja trotaconventos le da consejos para que ame a una monja. Sólo entonces, el Arcipreste, identificado con su obra, irrumpe en la escena en cuerpo y alma, como el mozalbete que, para enamorar, traza en su retrato frases de entrega y sumisión. Sin duda, Juan Ruiz ha dicho, ha expuesto en sus versos, sus valores humanos, sus recursos para ser amado. Y ello es así, no obstante la iro-

nía que parece brillar en sus palabras. Sólo al final quiere recobrase, hacerse valer en sus excelencias, en criterio de jocunda explosión:

“Es ligero, valiente, bien mancebo de días.

Tal home como éste non es en todas erías”.

Cuando muera la monja, cuando el Arcipreste busque su consuelo en nuevos amores, quedará sonando el ritornelo de un delicado fracaso de amor.

Pero ya su libro de “Buen Amor” se dirige a su fin. Las palabras se orientan a su desenlace. Muere Trotaconventos. Las victorias fugaces de su hacendoso ambular quedan en cenizas de olvido. Sólo cabe quejarse de la muerte, crear un epitafio para la viejecilla, contrafigura de aquella Anus de la comedia latina. Y el poeta, en amorosa inspiración divina, confiesa: “Fícele un pitafio pequeño con dolor. La tristeza me fizo ser rudo trovador”.

El sentido del amor bueno ha quedado definido, acotado. Ya nadie puede dudar de sus intenciones moralistas. Sus últimas salidas son como aleteos del espíritu juguetón que no se resigna a perecer, que rechaza toda gravedad sostenida. De esta forma se explican las sátiras con motivo de las propiedades que “las dueñas chicas han”, el vendaval desatado sobre las costumbres de los clérigos de Talavera.

Juan Ruiz ha realizado su experiencia amorosa. Ha mostrado el dentro y fuera de las cosas. Ha cantado a la mujer vascular, a la hembra que, al posar los pies en la tierra, deja profundas huellas. Y ha convertido a la Virgen en una mujer hermosa que sabe reinar en los cielos.

En sus versos hay un extenso y profundo sentido del amor. Los refranes, la voz del pueblo, son bellas concreciones, piedras rutilantes que hermocean su barroco edificio. Y ahí quedan, como fáciles esquemas del complicado código del amor. Los tomó de boca del pueblo, y a él los devuelve, articulados con exactitud. Con ellos podría formarse un bello breviario: “El amor con uso crece. El

amor, do está firme, todos los miedos departe. El amor siempre fabla mentiroso, faz sötül al hombre que es rudo. Quien amores tiene nos los puede celar. Por la fabla se conocen los más de los corazones. El gran fuego non puede cubrir la su llama. Nin el grand amor nos puede encobrir lo que ama. Mujer, molino e huerta siempre querie grand uso . . . Non sea vellosa nin barbuda. Mujer bigotuda, de lejos me la saluda”.

A veces, al meditar sobre los grandes amadores, en torno a los sutiles moralistas, me place evocar aquella figura del Arcipreste, coloso de humanidad que sigue repitiendo con su voz: “Tengo el cuerpo largo, soy fuerte, vellosa, pescozudo; mis ojos son pequeños, pero saben medir profundidades. Soy ligero, valiente, doñeador alegre para las zapatas mías. Las juglerías no tienen secretos para mí. Un home así non es en todas crías. Por eso, pido que las gentes sepan entenderme”.

El tema de los amores cobra en su verbo fecundos resplandores. En su incomparable numen se fundieron todas las facetas del Amor, grito genésico, delicada red de sutilezas psicológicas, tan viejas como el mundo, tan modernas como el día que nace, uno y distinto en cada sensibilidad.—*V. M.*